

Los movimientos de las mujeres: orígenes y metas

El "movimiento de mujeres" fue un conjunto de grupos diversos con patrones de organización y metas diferentes. Con diferencias en sus propósitos y estilos, estas tres ramas del movimiento de mujeres trabajaron juntas durante las transiciones y continuaron cooperando, aunque con menor éxito, al ser restablecidas las instituciones democráticas.

Cada uno de estos grupos movilizó a diferentes tipos de mujeres. Las organizaciones de derechos humanos fueron conformadas por amas de casa con poca experiencia política previa, quienes describían sus objetivos y actividades como "política eficaz". El activismo sin precedentes de estas mujeres fue producto de una causa extraordinaria: la invasión de la esfera privada de la familia por parte de los gobiernos que, a pesar de su compromiso público de preservar los valores familiares tradicionales, utilizaron el terrorismo de Estado para mantener el control político. Los Madres, en torno a quienes se solidificó el esfuerzo civil por privar a los militares de su legitimidad política, no pretendía romper la barrera entre lo público y lo privado. Fueron obligadas a ocupar el espacio público de la Plaza luego de fracasar en sus demandas privadas. Su heroísmo tampoco tocó la fibra sensible del público argentino cuando iniciaron sus marchas; lo que sucedió fue que después de ser ignoradas y ridiculizadas durante cinco años, recibieron la aclamación popular solamente cuando se hizo evidente que el régimen militar afrontaba una crisis fatal. Además, una vez restablecida la democracia, las Madres perdieron bastante influencia, a pesar de su activismo y compromiso permanentes.

Las mujeres de los barrios urbanos pobres también respondieron a una crisis: la devastación económica a largo plazo que ha reducido drásticamente los ingresos reales y los niveles de vida en América Latina. La causa subyacente de esta crisis es el patrón de crecimiento económico que ha atraído a los migrantes en proporciones que exceden en mucho a los empleos disponibles en la economía formal.

La creciente brecha entre ricos y pobres, que llevó a muchos en los años sesenta a concluir que el modelo de crecimiento capitalista había fracasado en América Latina, se empeoró en los años setenta a raíz de los efectos de la crisis petrolera y en los ochenta por la adopción de las "políticas de ajuste estructural" diseñadas para afrontar la crisis de la deuda. Estas políticas se diseñaron para reducir el consumo doméstico y promover las exportaciones; también implicaron un recorte de los programas sociales con el propósito de reducir los déficits gubernamentales.

La crisis de los años ochenta dio origen a nuevas organizaciones, tales como las cocinas comunales. Estas organizaciones se hicieron bastante visibles durante la transición y han mantenido su influencia en la medida en que los partidos políticos democráticos han venido dirigiendo sus campañas hacia los electores urbanos de clase baja. El surgimiento inesperado de los movimientos feministas en estos países y la importancia de los temas de organizaciones de mujeres en la política de transición se deben a una combinación única de factores. La crisis política del autoritarismo dio lugar a movimientos sociales y a la exigencia de una política más participativa. Las transiciones fueron marcadas por una apertura y flexibilidad ideológicas, nacidas del deseo de romper con el diálogo político polarizado del pasado. Esto ofreció un terreno fértil para la crítica social feminista, en tanto que la crisis económica conformó la agenda social del movimiento de mujeres a la vez que le facilitó una base de masas. El feminismo fue inicialmente rechazado por ser demasiado elitista y hostil hacia los hombres y, por tanto, por ser inadecuado para la realidad social y política latinoamericana. Pero, a medida que fueron regresando las exiliadas con ideas feministas nuevas, adquiridas en Europa y Norteamérica, y con la internacionalización del contenido de la agenda feminista a través del Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer, el feminismo surgió como un esfuerzo consciente por redefinir los términos del debate político democrático.

Las transiciones democráticas favorecieron los movimientos sociales, organizados en torno a nuevas concepciones de lo político y de la comunidad, y coincidieron con un nuevo período de apertura política de la izquierda. El análisis de clase cedió ante el

nuevo interés por los movimientos de resistencia y la cultura popular. Los movimientos populares -incluido el movimiento de mujeres- se consideraban como "puntos de resistencia" a la dominación, el material político bruto a partir del cual se forjaría una sociedad antiautoritaria nueva. Al mismo tiempo, las "vanguardias" de la izquierda caían en el desprestigio. Esta coyuntura política ofreció un medio favorable para la teoría y la práctica feministas.

Metas divergentes, estrategias convergentes

A pesar de sus diversos orígenes y metas, cada una de estas ramas del movimiento de mujeres convergió en una estrategia de oposición al régimen militar, estrategia que las unió. No obstante, cada grupo usó formas diferentes para acceder a la esfera pública.

Los grupos de derechos humanos optaron por las protestas no violentas a pesar de la prohibición de las manifestaciones públicas. Las Madres desarrollaron un discurso poderoso en el cual valoraban la "vida" más que la "política", el amor por encima de la ideología: a ninguna madre se le pregunta sobre su ideología o sobre lo que hace; tampoco preguntamos sobre las actividades de sus hijos. Nosotras no defendemos ideologías; defendemos la vida... Nuestra gran preocupación es no dejarnos manipular por ningún partido político... Ni las amenazas ni los fusiles del gobierno son contrincantes dignos de la fe de una madre⁸.

El éxito político de las Madres constituye un provocativo reto para quienes tratan de explicar la marginación política de las mujeres como resultado de sus valores tradicionales y de sus roles privados. Las Madres mostraron la forma en que el lazo entre madre e hijos podía convertirse en la base de la acción política. Las Madres no solamente convirtieron los recursos morales privados

8 Bousquet, J.P. "Las locas de la Plaza de Mayo", citado en: Bonder, Gloria, "The Study of Politics from the Standpoint of Women", en: *International Social Science Journal* 35, 1983, pág. 581.

en poder público, transformando "la condición privada en una armadura pública" según Beatriz Schmukler; ellas volvieron a introducir una dimensión ética dentro de un medio político caracterizado fundamentalmente por el cinismo y la negación⁹.

De acuerdo con el planteamiento de Gloria Bonder, el romper la barrera entre los dominios de lo público y lo privado tiene implicaciones profundas para las mujeres, al liberarlas de vidas que "han sido definidas en forma natural" para insertarse en el mundo" definido en términos sociales" en el cual pueden ser los sujetos, y no solamente los objetos, de la acción política: la identificación de la política con la vida pública y el poder, los cuales emanan básicamente del Estado, excluye un conjunto de prácticas sociales clasificadas como privadas y, por consiguiente, no políticas. Esto se aplica a las funciones sociales que tradicionalmente se atribuyen a las mujeres, vale decir, la reproducción, las labores domésticas, la socialización de los hijos dentro de la familia, la sexualidad, etc. Estas funciones femeninas se consideran privadas y también "naturales". Al no ser identificadas como políticas, pierden el carácter de prácticas sociales y son relegadas a la esfera de lo natural.¹⁰

Sin embargo, hay quienes se muestran escépticas frente a la experiencia de las Madres como modelo para la política feminista. En Uruguay, Carina Perelli plantea que las mujeres se movilizan para restaurar la familia tradicional. María del Carmen Feijoó sostiene que el discurso político materno se limita a sí mismo, y, en última instancia, entraña una pérdida de poder al modernizar y secularizar las normas más conservadoras del comportamiento femenino. Perelli y Feijoó subrayan las contradicciones políticas del

9 *Las hijas de Antígona*, de Elshtain, Jean, es la fuente de referencia en el capítulo de Feijoó. Circuló entre las feministas de Argentina y Perú en 1986.

10 Bonder, Gloria. *Op. cit.* pág. 570.

enfoque de las Madres. Al declararse a sí mismas "por encima de la política" y dedicadas a la causa de la "vida", las Madres no podían fácilmente ampliar su agenda. En el período democrático, las Madres no han podido conservar su influencia. El consenso civil que ha surgido se ha centrado en olvidar el pasado y las Madres tienen pocas probabilidades de hacer retroceder esa tendencia.

Los movimientos feministas atrajeron a las mujeres ya politizadas, en gran medida aquellas que eran miembros de los partidos de izquierda. Tenían la ventaja del acceso y la experiencia, pero pronto se encontraron en conflicto con la dirigencia, dominada por los hombres, la cual percibía la "cuestión de las mujeres" en los términos marxistas clásicos y rechazaba todo intento de plantear los temas de las mujeres, clasificándolos de divisionistas y desviacionistas.

Maruja Barrig ha descrito las diversas tácticas de las feministas en el Perú, quienes empezaron con la doble militancia y llegaron hasta la formulación de reivindicaciones políticas feministas explícitas y a equiparar al patriarcado con la clase. Algunas de las activistas más radicales, posteriormente, formaron grupos feministas autónomos, enfoque que tenía sentido en el clima político de la transición, pero que significó el aislamiento político voluntario en el momento en que los partidos políticos volvieron a tomar la iniciativa política. Mientras tanto, los grupos de estudio y acción, los cuales habían comenzado por examinar temas de clase, particularmente en el trabajo de las mujeres, desarrollaron un nuevo interés por la sexualidad, la violencia contra la mujer y los derechos reproductivos. Tal como ha escrito Virginia Vargas, una feminista y activista peruana: "Nuestro fuerte deseo de no alienarnos en la 'lucha de clases' nos impidió pensar en nuestros propios términos y plantear la 'cuestión de la mujer'... La naturaleza especial del movimiento feminista latinoamericano no nos muestra cómo, en las situaciones concretas de nuestras vidas, las mujeres están unidas por su opresión sexual a todas las otras formas de opresión"¹¹. Sin embargo, la autonomía no era la clave de una estrategia política viable. Duran-

11 Vargas Valente, Virginia. "Movimiento feminista en el Perú: balance y perspectiva", mimeo, Lima, 1984, pág. 15.

te la transición, las nuevas ideas de las feministas y su capacidad para movilizar a las mujeres contra los militares le habían dado visibilidad e influencia al movimiento de mujeres. Cuando se restableció la democracia y los movimientos sociales tuvieron que trabajar con los partidos políticos para lograr que sus reivindicaciones se convirtieran en legislación, se encontraron compitiendo entre sí por recursos escasos. En el Perú, la decisión de Vargas y otra feminista de participar "autónomamente" bajo la sombrilla de una coalición política de izquierda tuvo como resultado una dolorosa derrota política. En forma parecida, la elección de mujeres -ni qué decir de feministas- resultó ser mucho más difícil de lo esperado.

Las mujeres de los sectores populares se vieron menos amenazadas que las feministas con el regreso de la política democrática; su experiencia política bajo los gobiernos militares y los democráticos fue la de llegar a términos con la política clientelista y con las realidades del poder asimétrico. La investigación llevada a cabo en los años sesenta y setenta mostró que los habitantes de los asentamientos subnormales organizaron asociaciones de vecinos para conseguir títulos de propiedad y acceso a los servicios urbanos. Las mujeres aprendieron a funcionar dentro de un ambiente político muy clientelizado.

Las feministas incorporaron nuevos criterios para asesorar a las organizaciones de mujeres urbanas: las alabaron por su democracia interna, por la rotación de su dirigencia y por la ausencia de una jerarquía formal, a pesar del costo que ello implicaba para su eficiencia política. Las dirigentes que fueron capaces de beneficiar a la comunidad mediante el empleo de relaciones clientelistas y que después utilizaron esos logros para fortalecer su propio prestigio, fueron condenadas por beneficiarse a sí mismas o por sus ansias de poder¹². Las feministas estaban a favor de los grupos

12 El capítulo de Barrig es muy crítico de la cooptación inherente al clientelismo, aunque este punto de vista es atenuado en alguna forma por Blondet. Teresa Caldeira distingue claramente entre las mujeres que se orientan hacia la comunidad y aquellas interesadas en acrecentar su prestigio personal mediante el uso de contactos personales para lograr beneficios en favor de la comunidad. Véase: Caldeira, Teresa. "Mujeres, cotidianidad: las mujeres en los movimientos sociales latinoamericanos." Ginebra: Unrisd, 1987, págs. 75-128.

que funcionaran sobre la base de “intereses” y no de los individuos que así lo hicieran.

Lo que las investigadoras feministas querían verificar era el hecho de que las mujeres dan diferentes contenidos y estilos a la política. Hay alguna evidencia de que esto es así. Teresa Caldeira, al estudiar a las mujeres en São Paulo, sostenía que éstas proyectan sus vidas personales en la política, remodelándola de tal forma que se ajustan a sus valores y metas. Encontró, al igual que Juilleta Kirkwood, feminista chilena, que las mujeres están alienadas por los partidos políticos. Tal como lo enuncia una de sus informantes al referirse a una reunión del Partido de los Trabajadores, de izquierda, en el Brasil: “Me parece que en los debates se tiene que ser política, ¿no?... Allí una tiene que actuar por sí misma. Defender sus propios intereses. Es apenas lógico. Así que yo sólo voy a ver qué pasa. Ellos son los ricos, así que ¿por qué voy a pelear con mis vecinos por ellos?. En el partido es más fácil participar por mis intereses, pero en la comunidad, yo por lo menos creo que la comunidad no tiene ‘intereses’... Porque en el partido, la gente quiere ascender. Pero en la comunidad, en mi opinión, no hay ni arriba ni abajo. Todos somos iguales”¹³.

Cecilia Blondet, al estudiar las motivaciones políticas de las mujeres en una barriada de Lima, sostenía que, aunque la participación puede transformar las vidas personales de las mujeres, el cambio puede no ser suficiente. La familia es el “nexo” a partir del cual las mujeres se insertan en la red más amplia de las organizaciones comunitarias. La participación confiere poder a las mujeres al darles más control sobre las condiciones personales e institucionales bajo las cuales vive. Blondet afirma que el clientelismo es un “mecanismo de entrada” a la política y que las mujeres han empezado a sustituir un “nuevo tipo de clientelismo”, el cual es definido por los clientes en “forma colectiva”.

13 Ibid., pág. 100.

No obstante, Blondet pone en duda la profundidad que los efectos de estas nuevas formas de participación han tenido sobre las mujeres de los sectores populares: las mujeres han aprendido acerca de la ciudad, la organización urbana y la pobreza. Sin embargo, su participación nunca trasciende los límites de la familia. Estas mujeres luchan por mejorar las condiciones de sus familias sin llegar a constituirse en una fuerza política o socialmente organizada de mujeres que pudiera exigir cambios en sus condiciones de subordinación cotidianas y en su trabajo como mujeres. Por lo tanto, es necesario repensar el papel de las organizaciones de mujeres como canales para la acción colectiva, mecanismos por medio de los cuales se legitiman los movimientos sociales y su papel como protagonistas para, de esta forma, cambiar la manera de concebir la participación de las mujeres¹⁴.

Blondet y Caldeira abordan la cuestión de la adquisición de poder por parte de las mujeres, así como aquella relativa a cómo pueden ser movilizadas dentro de movimientos más amplios de cambio social. Ésta no es una tarea fácil y su explicación ilustra la utilidad de la distinción planteada por Maxime Molineaux entre intereses prácticos y estratégicos de género, entre aquello que las mujeres necesitan por ser pobres y aquello que se les niega por ser mujeres. Existe una brecha entre el conocimiento feminista acerca del patriarcado y los temas relacionados con las supervivencia de la familia, los cuales motivan a las mujeres de los sectores populares. El meollo del asunto estriba en cómo articular clase y género, intereses prácticos y estratégicos de las mujeres.

La percepción feminista de la familia como terreno del conflicto entre hombres y mujeres está en contradicción directa con la

14 Blondet, Cecilia. "Muchas vidas construyendo una identidad: las mujeres pobladoras de un barrio limeño", en: Jelin, Elizabeth (ed.) *Ciudadanía e identidad: las mujeres en los movimientos sociales latinoamericanos*. Ginebra: Unrisd, 1987, pág. 70. Sobre la familia como la base de la motivación política y sobre la relación entre los grupos de mujeres urbanas y rurales y el partido de gobierno, APRA, en el Perú, véase: Radcliffe Sarah A., University of Cambridge, *Working Paper*, 43.

forma en que las mujeres de los barrios urbanos pobres entienden y justifican su politización, *para la familia*. El tema de la violencia contra la mujer ha ofrecido una base para la cooperación entre las feministas - las *delegacías* en el Brasil ofrecen el mejor ejemplo- y temas tales como las guarderías, la planificación familiar y el control local de las escuelas también han tenido resultados positivos. Con todo ello, se quedan cortos para constituirse en una base viable para la solidaridad política de las mujeres.

El concepto de "vida cotidiana" ha contribuido a abrir el diálogo entre las feministas y las mujeres de los sectores populares. Aunque existen obvias diferencias de clase, las mujeres comparten en forma universal las realidades concretas de alimentar, albergar y cuidar a sus hijos. Experimentan una matriz doméstica similar constituida por interacciones masculinas/femeninas, con dimensiones emocionales y materiales. Los problemas comunes de la vida diaria les permiten a las mujeres comunicarse en términos concretos. La "vida cotidiana" no solamente vinculó a las feministas con las mujeres urbanas pobres; también les permitió acceder a los interesantes debates políticos que se estaban dando. La "vida dia-ria" reorienta la tendencia occidental de valorar lo público por sobre lo privado. Reivindica la heterogeneidad y la espontaneidad y favorece lo emocional sobre la razón "objetiva". Los esfuerzos feministas dirigidos a extraer las implicaciones de la vida cotidiana se incorporaron al discurso político y social amplio, por ejemplo, en el trabajo de Julieta Kirkwood, quien aplicó la teoría feminista al proceso de democratización. "Aunque parezca paradójico", plantea que, para muchos sectores, la vida bajo un sistema dictatorial, autoritario, ha puesto en evidencia que el autoritarismo no es solamente un problema económico o político, sino que tiene raíces profundas y que permea totalmente la estructura social y que lo que anteriormente se consideraba no tener naturaleza política, en razón de su asociación con la vida privada diaria, debe ser impugnado y rechazado. Se empieza a decir que la familia es autoritaria; que la socialización de los hijos es autoritaria y rígida en su asignación de los roles sexuales, y que la educación, las fábricas, las organizaciones y los partidos políticos han sido constituidos sobre bases autoritarias.

Agrega que "las necesidades sociales reales no pueden adscribirse a los grupos y definirse desde fuera... El hacerlo simplemente contribuye a una alienación nueva y doble"¹⁵.

Evaluación de los movimientos de mujeres: perspectivas para el futuro

La historia juzga a los movimientos sociales por el impacto a largo plazo que tienen sobre la sociedad. Los movimientos sociales que tienen éxito inevitablemente pierden su razón de ser, puesto que el propósito del movimiento es cambiar las actitudes y el comportamiento. A medida que se da el cambio, la energía del movimiento inevitablemente se disipa y los valores y estructuras nuevas se institucionalizan. Si el movimiento social fracasa, pierde a sus adherentes hasta quedarse solamente con sus más fervorosos seguidores: se convierte en una secta, no en un movimiento.

Los movimientos sociales surgen y caen, vuelven a surgir bajo nuevas formas cuando "un orden social no puede responder a retos nuevos". Las experiencias del feminismo latinoamericano parecen sugerir que la tendencia de la participación política de las mujeres a surgir y decaer, a moverse en olas o ciclos de activismo, en vez de surgir en forma constante a lo largo del tiempo, se debe al hecho de que los movimientos sociales tienen mayor éxito para convocar la lealtad y la energía de las mujeres que otras formas más convencionales de participación.

En términos feministas, los movimientos de mujeres de estos cinco países, a pesar de sus debilidades y diferencias han tenido mucho éxito. Han logrado cambiar la legislación, en especial en el área de la familia, y han creado instituciones nuevas, tanto dentro como fuera del gobierno. Se han establecido vínculos nuevos en-

15 Kirkwood, Julieta. "Women and politics in Chile", en: *International Social Science Journal* 35, 1983, págs. 635-636.

tre las organizaciones de mujeres sobre la base de la cooperación, de la oposición democrática, así como entre las organizaciones de mujeres y el Estado. Los éxitos en un país, tales como el nivel de los consejos de mujeres y las *delegacias* de policía en el Brasil, han sido puestos en práctica en otros países; asimismo, se han discutido y comparado los éxitos y los fracasos en los encuentros regionales y en los numerosos boletines y periódicos que han servido para que los grupos de mujeres se comuniquen entre sí.

Ha habido un esfuerzo permanente por insertar los temas de las mujeres en las plataformas de los partidos políticos y transformar el compromiso político en política pública. Las actitudes de la opinión pública también han cambiado, la representación de las mujeres en los medios de comunicación ha mejorado notablemente y temas anteriormente considerados tabú -incluidos el aborto y la sexualidad- ahora se discuten en forma abierta. Las costumbres están cambiando rápidamente y el feminismo ha provisto un marco de referencia nuevo y liberador -aunque no acrítico- dentro del cual se pueden evaluar estos cambios.

A pesar de los éxitos, persisten los problemas. La representación política de las mujeres, importante indicador de poder, no ha mejorado sustancialmente, aunque ha habido un aumento notable en el número de nombramientos administrativos de alto nivel. Las feministas han hecho mella en algunos intelectuales y activistas cuyas ideas y valores influyen sobre las agendas y actitudes políticas, pero estos logros han sido más de tipo retórico que real. El movimiento feminista no ha tenido que enfrentar un retroceso, pero puede aducirse que aún no ha tenido un impacto tal que amerite una respuesta defensiva de este tipo. Aunque debe señalarse que la Iglesia ha cooperado con los movimientos feministas, consolidando un apoyo masivo al responder a los intereses "prácticos" de género de las mujeres.

Las organizaciones populares de mujeres -las cocinas comunitarias, los movimientos a favor de las guarderías y el costo de la vida- han ayudado a las mujeres y a sus familias a sobrevivir durante una década de crisis económica severa. La orientación hacia la autoayuda de estos grupos ha significado una sofisticación po-

lítica mayor, así como un mayor sentido de la eficacia personal. No obstante, la contribución feminista a la comprensión y la asesoría a las organizaciones populares de mujeres, ha sido en gran medida *ad hoc*. Los movimientos feministas no han desarrollado aún un análisis permanente sobre el impacto de los programas de ajuste estructural que pueda ser utilizado para mitigar sus efectos, ni tampoco han atacado con la suficiente fuerza las perspectivas asistencialistas y clientelistas que todavía persisten en las respuestas a los problemas de las mujeres pobres. A pesar de la importancia de los temas relacionados con derechos humanos, han sido pocos los esfuerzos por ampliar la definición de derechos humanos para incluir en ellos los derechos de las mujeres o las necesidades humanas básicas.

Existen dos problemas fundamentales que obstaculizan la búsqueda de una estrategia viable. El primero es el potencial para que se presente un conflicto de clase, evidenciado en los esfuerzos de los grupos populares de mujeres por mantener su independencia y disociarse de las clasificaciones "feministas" y en la ambivalencia feminista en torno a la organización de las trabajadoras domésticas. El segundo es estructural: los movimientos de mujeres no han tenido la voluntad para hacer el ajuste necesario que les permita pasar de ser movimientos sociales, con visiones universales y éticas del futuro, a ser grupos de interés que presionen por reformas mucho más limitadas. Para las feministas, la estrategia de lograr mejorías incrementales, respecto a una serie de temas, es inadecuada; la política del compromiso y el cabildeo no llena las expectativas feministas y a su vez requiere de habilidades y fortalezas organizativas muy diferentes de las que se emplearon con tanto éxito durante la transición. Junto con otros movimientos sociales, las feministas se sienten cada vez más marginadas, lo cual genera una sensación de desencanto entre los grupos que más participaron en la caída de los regímenes militares.

Las feministas han tenido que enfrentarse con el desagradable hecho de que la democracia no significa un cambio decisivo en la forma en que la sociedad hace política. Los patrones jerárquicos vuelven a aparecer -incluidos el personalismo y los lazos clientelistas entre los poderosos y los débiles. El Estado reafirma un pa-

pel corporativo, signando legitimidad y acceso a ciertos grupos y excluyendo a otros; y los políticos vuelven a concentrar sus esfuerzos en disfrutar, con sus seguidores, de las prebendas, según lo establecido por el modelo histórico del patronazgo, el cual mantiene el sistema en ausencia del consenso social.

Las mujeres y el futuro de la democracia

El surgimiento del movimiento de las mujeres en América Latina tiene implicaciones que van más allá del mejoramiento de la condición de la mujer y de plantear los temas de las mujeres dentro de sistemas políticos que han sido resistentes al cambio.

La estructura y las estrategias de los movimientos de mujeres dentro de las nuevas democracias, y la respuesta del proceso político, aún dominado por los hombres, determinarán el nivel y la calidad de la integración política de las mujeres. Esto, a su vez, podría afectar la legitimidad de las instituciones democráticas, no solamente porque las mujeres pueden ser directamente movilizadas para apoyar la democracia contra la amenaza de los golpes militares, sino también por el papel desempeñado por los movimientos sociales en general y el movimiento de mujeres en particular, para resucitar el concepto de democracia como proceso participativo y auténticamente representativo.

La movilización de las mujeres y el crecimiento de la conciencia feminista ocurrieron durante este extraordinario período político de la transición democrática, con lo cual las agendas de las mujeres y sus estrategias tuvieron un carácter diferente del que hubieran tenido si se hubieran desarrollado en un ambiente de continuidad democrática. El clima político favorecía la cooperación, la movilización y las negociaciones directas entre las mujeres y el Estado. Los feminismos suramericanos reflejan la política de la transición: se resaltan los derechos humanos, los objetivos morales y la oposición al autoritarismo militar. Las feministas impugnan la división entre el mundo público de la política y el mundo privado de la familia, en nombre de todas las mujeres de todas las clases. La violación de la santidad de la familia por parte de los

militares le confiere un significado muy especial al concepto de que lo "personal es político".

No obstante, la política de la transición no es la política habitual y el movimiento de mujeres ha tenido que ajustarse a esta diferencia. Durante la transición, la movilización popular tiene prioridad y el debate en torno a los ideales políticos reemplaza a los partidos políticos y a la competencia para conseguir recursos. Con la restauración de la democracia, los partidos vuelven a ocupar el centro del escenario y los movimientos sociales tienen que despojarse de su utopía y cambiar sus estrategias para evitar ser marginados.

En el pasado, las mujeres se han retirado de la política luego de un período de activismo. Las tendencias demográficas actuales -altos niveles de escolaridad y empleo de las mujeres, mayores tasas de divorcio y una mayor movilidad social y geográfica- pueden significar una continuidad de la actividad política de las mujeres de clase media. La amnistía para los militares y la evidencia confirmada de represión política han mantenido activos a algunos grupos de derechos humanos, pero ello no es garantía de que los diversos sectores del movimiento de mujeres continúen trabajando juntos. Las mujeres ejercerán una poderosa influencia en su calidad de electoras, en razón de la brecha de género y porque las mujeres tienen menos lealtad con los partidos políticos, por lo cual constituyen un electorado decisivo en cualquier elección. Los esfuerzos por conquistar al electorado femenino pueden convertirse en característica común de las campañas electorales e incrementar la legitimidad de las instituciones democráticas para las mujeres.

No obstante, a pesar de la movilización de las mujeres para acabar con los regímenes militares, no está claro que las mujeres puedan ser activamente movilizadas en defensa de la democracia. Al igual que otros grupos con agendas políticas propias, pueden respaldar a la dirigencia política que le ofrezca más -incluidos sus deseos de "menos política" y "más estabilidad", sea esa dirigencia civil o militar, democrática o populista. Los movimientos de mujeres han estado tan estrechamente asociados con el proceso de democratización que es importante recordar que las mujeres no son

"democráticas por naturaleza", así como tampoco son "conservadoras por naturaleza". El apoyo de las mujeres a la democracia dependerá de la calidad de vida política que establezcan las nuevas democracias, así como del apoyo que éstas den a los temas de las mujeres. Las expectativas de las mujeres respecto a que la democracia traiga consigo un cambio social significativo pueden ser mayores que las de otros grupos; su experiencia es reciente y sus capacidades políticas son aún frágiles.

En los años setenta, pocos habrían podido predecir el surgimiento de un movimiento feminista en América Latina y aún menos habrían esperado que los movimientos de mujeres de la región hubieran sido una fuerza política importante en el restablecimiento de las instituciones democráticas. Hoy en día, estos movimientos han dejado una huella permanente en la historia política y social de la región y han servido de fuente de inspiración para las mujeres que están luchando por la representación política y trabajando en favor de las transiciones democráticas en otras partes del mundo.